

bles y antropomórficos, a quienes se puede conciliar con convenientes invocaciones y ofrendas.

Las plegarias son interesadas y de una candidez pueril, y en ellas apenas se trata de ideas o de prescripciones morales; sin embargo, se estigmatiza la avaricia y se alaba la liberalidad.

«Hay dos cosas—se lee en el libro indicado—que pasan pronto: el sueño y los malos ricos.»

A los dioses se les califica de «verídicos y misericordiosos.»

Un versículo llega hasta prometer la deificación de los bienhechores.

«El hombre bienhechor—dice—se prepara un lugar en el cielo y se coloca entre los dioses. Los hombres generosos tienen un destino milagroso.»

La única prohibición formal es la del incesto. En un curioso diálogo entre Yama y Yami, hermano y hermana, el primero se niega a las sollicitaciones poco veladas de su hermana.

«No acercaré mi cuerpo al tuyo—dijo.—Se ha declarado pecador al que se casa con su hermana...»

Parece, según este texto, que la prohibición del incesto era de fecha reciente, porque Yami, la hermana, no ve en ello ningún mal.

El *Rig-Veda* nos informa lo mismo sobre el estado social que sobre el moral de los arias védicos. Estaban agrupados en tribus guerreras que tenían sus nobles, sus sacerdotes, labradores, pastores y artesanos, no esclavos todavía. Los sacerdotes, los futuros brahmanes, daban ya la investidura al pequeño jefe bárbaro, y trataban de arrancarle presentes con sus adulaciones.

Hasta después de haberse establecido como conquistadores en la India, los arias védicos no se organizaron en grandes monarquías bárbaras, con castas jerárquicas y cerradas bajo el poder de un rey despótico y teocrático.

Al mismo tiempo, del naturalismo y del politeísmo védicos, el pensamiento indiano pasó al panteísmo brahmánico. Primeramente viéronse

los dioses numerosos y flotantes reunirse bajo tres dioses soberanos; después, detrás de ellos, aparece la gran alma, el *Atma*, que obra por ellos y anima todas las cosas; su órgano es el sol; por último, detrás del sol y de su luz, se entrevé una potencia ideal, a la que se da el nombre de Plegaria o Palabra Santa: *Brahma*.

Toda su jerarquía se complica. En primer término, el mundo de los dioses y de la luz; en segundo, el de los hombres y de la pasión; en tercero, el de los animales, las plantas, la materia y la oscuridad.

El mundo no es sino una inmensa jerarquía de emanaciones que descienden desde la cumbre del ser hasta las insondables profundidades de la nada.

Y eso es verdad también respecto del mundo humano, compuesto de castas superpuestas las unas sobre las otras; las superiores dominando sobre las inferiores, los *bracmanes* o sacerdotes mandando a los *kchatriyas* o guerreros, los guerreros a los *vaisyas* o mercaderes, los mercaderes a los *sudras* o artesanos.

Esta jerarquía de las castas, que vicia en la raíz la moral brahmánica, a pesar de su elevación, no es más que un reflejo de la concepción religiosa: el brahmán procede de la boca de Brahma; el kchatriya, de su brazo; el vaisya, de su muslo; el sudra, de su pie. Y naturalmente, los derechos, los deberes, las responsabilidades, las penalidades varían según la categoría social.

El código de Manú, el gran legislador de la India, nos da sobre este asunto, como en general sobre la moral de esta gran sociedad brahmánica, informes numerosos y precisos.

«Al venir al mundo el brahmán—dice Manú—se coloca en la primera categoría... soberano señor de todos los seres. Todo lo que contiene el mundo es su propiedad. Es inviolable... Después de haber recitado tres veces con el más profundo recogimiento los pasajes más sagrados de los *Vedas* y las fórmulas indicadas al ob-